

Contextos Sociales y Desarrollo

El 20 de abril de 1999, Eric Harris, de 18 años de edad, y Dylan Klebold, de 17 años de edad, ingresaron en la Columbine High School en Littleton, Colorado, usando gabardinas negras y portando un rifle, un arma de mano semiautomática, dos escopetas recortadas y más de 30 bombas hechas en casa. Riéndose y haciendo burla, soltaron una ráfaga de balas dirigidas a sus compañeros de estudios, mataron a 12 alumnos y a un maestro antes de finalmente tomar sus propias vidas.

La matanza de Littleton no fue un evento aislado. En 2004-2005, 21 jóvenes entre los cinco y 18 años de edad fueron víctimas de asesinatos escolares. Pero mientras que la ocasional matanza juvenil puede llegar a los titulares, delitos tales como violación forzada, robo y lesiones calificadas son mucho más prevalentes. En 2004, alumnos de entre 12 y 18 años de edad fueron víctimas de cerca de 1.4 millones de delitos no fatales en sus escuelas, 107 000 de ellos graves. En 2005, 10% de los estudiantes varones de nivel medio superior y 6% de las estudiantes mujeres del mismo nivel educativo informaron haber sido amenazados o heridos con un arma en las instalaciones de la escuela; 6% de los estudiantes, incluyendo 10% de alumnos varones, admitieron portar armas en las instalaciones de las escuelas (Dinkes, Forrest, Cataldi, Kena y Baum, 2006).

Una elevada proporción de jóvenes delincuentes, mueren por causas violentas (Teplin, McClelland, Abram y Mileusnic, 2005). La violencia escolar no es un fenómeno estadounidense en particular. Estos acontecimientos suceden en todo el mundo.

¿Cuál es la razón por la que algunos jóvenes incurren en conductas destructivas o violentas como peleas en la escuela o comunidad, agresiones hacia maestros y compañeros ?

Parte de la explicación se encuentra en la inmadurez del cerebro adolescente, en particular de la corteza prefrontal, que es esencial para el juicio y la supresión de impulsos.

Otros aspectos consideran contextos sociales donde hay fácil acceso a las armas de fuego dentro de una cultura que “romantiza el uso de armas” o donde la violencia juvenil se asocia poderosamente con la presencia de bandas en escuelas. Para muchos adolescentes, las bandas satisfacen sus necesidades incumplidas de identidad, conectividad y una sensación de poder y control. Para los jóvenes que carecen de relaciones familiares positivas, una banda puede convertirse en familia sustituta. Las bandas promueven un sentido de “nosotros contra ellos”. La violencia en contra de personas ajenas fortalece los vínculos de lealtad y apoyo dentro de la banda (Staub, 1996).

Gran parte de la violencia y conducta antisocial adolescente tienen sus orígenes en la infancia y en sus contextos de desarrollo. Los niños criados en ambientes rechazantes o coercitivos o en ambientes excesivamente permisivos o caóticos se comportan de manera agresiva y la hostilidad que evocan en los demás aumenta su agresión. Su autoimagen negativa evita que tengan éxito en la escuela o que desarrollen otros intereses

constructivos, y por lo general se asocian con pares que refuerzan sus actitudes y conductas antisociales (Staub, 1996). Los varones que viven en vecindarios urbanos inestables desaventajados con altos índices de criminalidad y bajos niveles de participación comunitaria y apoyo dentro del vecindario son los que tienen mayor probabilidad de verse implicados en la violencia (Tolan *et al.*, 2003), pero la balacera de Columbine muestra que incluso los estudiantes de clase media en escuelas suburbanas no se encuentran inmunes.

Es más probable que los adolescentes cometan actos de violencia si han sido testigos o víctimas de violencia en su vecindario o si se han visto expuestos a la violencia en los medios (Brookmeyer, Henrich y Stone, 2005; Pearce, Jones, Schwab- Stone y Ruchkin, 2003). Una ración constante de violencia mediática puede procrear agresión y los adolescentes no son la excepción (Johnson, Cohen, Smailes, Kasen y Brook, 2002). El apoyo parental puede amortiguar los efectos negativos de la exposición a la violencia.

Convertirse en delincuente: cómo interactúan las influencias de la familia, los pares y la comunidad.

Como sugeriría la teoría de Bronfenbrenner, la conducta antisocial se ve influida por factores que interactúan a diversos niveles; desde las influencias del microsistema, como la hostilidad padres-hijos, las malas prácticas de crianza infantil y la antisocialidad de los pares, hasta influencias del macrosistema, como la estructura de la comunidad y el apoyo social del vecindario (Buehler, 2006; Tolan, Gorman-Smith y Henry, 2003). Esta red de influencias que interactúan se empieza a tejer desde los inicios de la infancia.

Los padres modelan la conducta prosocial o antisocial mediante sus respuestas a las necesidades emocionales básicas de los niños (Krevans y Gibbs, 1996; Staub, 1996). Los padres de hijos que se vuelven antisociales es posible que no hayan reforzado la buena conducta durante su segunda infancia y hayan sido duros o inconsistentes, o ambos, al castigar la mala conducta (Coie y Dodge, 1998; Snyder, Cramer, Ahrlich y Patterson, 2005). A lo largo de los años, es posible que estos padres no hayan estado cercanos y positivamente involucrados en las vidas de sus hijos (G. R. Patterson, DeBaryshe y Ramsey, 1989). Es probable que los niños obtengan ventajas a partir de su comportamiento antisocial: cuando se portan de maneras inadecuadas es posible que obtengan atención o que se salgan con la suya. Estos patrones negativos iniciales allanan el camino para las influencias negativas de pares que promueven y refuerzan la conducta antisocial (Collins *et al.*, 2000; B. B. Brown, Mounts, Lamborn y Steinberg, 1993).

La elección de pares antisociales se ve afectada principalmente por factores ambientales (Iervolino *et al.*, 2002). Los jóvenes gravitan hacia otros educados como ellos mismos, similares en logros escolares, adaptación y tendencias prosociales o antisociales (Collins *et al.*, 2000; B. B. Brown, Mounts, Lamborn y Steinberg, 1993). Algunos “niños problema” reflejan un trato ineficiente de parte de sus padres, lo que predice conductas delictivas y asociación con grupos de pares con comportamiento desviado o con bandas (Simons, Chao, Conger y Elder, 2001; Tolan *et al.*, 2003).

Adaptado de Papalia (2009).